EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL HOMBRE MOSCA,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

D. EDUARDO JACKSON CORTÉS.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.—2.°

1875

EL HOMBRE MOSCA.

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON EDUARDO JACKSON CORTÉS.

Representado por primera vez con extraordinario aplauso el 1.° de Mayo de 1875 en el Teatro BRETON.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1875.

PERSONAJES.	ACTORES.
OSCARINA	SRA. D.ª MERCEDES BUZON.
ÁNGEL	SR. D. EDUARDO PEREZ-CACHET.
LEON	SR. D. FERNANDO CARMONA.

AL PRIMER ACTOR

DON EDUARDO PEREZ-CACHET.

Querido Eduardo: Poco vale la obra que tengo el placer de dedicarte: el único mérito que en ella encuentro, es el cariño con que la has acogido y el buen desempeño que le has dado. Justo es que tu nombre figure en la primera página como una prueba más del afecto que te profesa tu leal amigo

Eduardo.

ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada.

ESCENA PRIMERA.

OSCARINA.

Dan las diez en un reloj de sobremesa.

¡Las diez y todavía sin venir! Pues me parece que á él le interesa tanto como á mí. ¡Malhaya sean todos los hombres! Está muy bien, señor don Leon... ¡Ay! si las cosas no estuvieran tan adelantadas, yo le diría cuántas son cinco! ¡Cuidado que soy desgraciada! Debí casarme hace poco más de un año con un americano rico, y se me ahoga en el camino. Me caso á poco de esto con un buen mozo, y se me muere al mes; ahora trato de casarme con Leon, y ya ven ustedes con qué indiferencia me trata. No, ¡pues conmigo no se juega! ¡Llaman! ¡Gracias á Dios! Y ahora vendrá con su mal humor de costumbre... ¡Sí, pues de buen temple me cojes!

ESCENA II.

OSCARINA y ÁNGEL.

ANGEL. Muy buenos dias, señora.

OSCAR. Buenos dias, don Ángel. (¡Esto es lo único que me faltaba!)

ANGEL. ¿Qué tal ha pasado usted la noche?

OSCAR. Muy bien, gracias. ¿Y usted? Perfectamente. Me alegro mucho. Gracias. No hay de qué.

ANGEL. ¡Já! Já! Já! Otro cualquiera se ofendería; y yo por el contrario, me hace mucha gracia esta viveza de carácter.

OSCAR. Como usted es tan mosca... Tan empalagoso... Tan pesado...

ANGEL. Eso será; ¿yo no sé por qué todo el mundo ha dado en llamarme mosca?

OSCAR. Porque lo es usted.

ANGEL. Eso será. De mal humor se ha levantado usted hoy. Me atrevo á ofrecer á usted este ramito de flores, hermosísima Oscarina.

OSCAR. Muy temprano viene usted con flores.

ANGEL. Me levanté á las cinco con el ánimo de traérselas á usted fresquitas.

OSCAR. ¿Á las cinco?

ANGEL. Sí señora.

OSCAR. (Este es pesado, pero siquiera madruga: mientras que Leon con toda su viveza se levanta á las dos de la tarde.)

ANGEL. Conque si usted se digna admitirlas...

OSCAR. Póngalas usted ahí encima.

ANGEL. ¡Furiosilla!...

OSCAR. Es que tengo motivos.

ANGEL. Eso será. Y si viera usted qué bueno está lo reservado por la mañanita temprano...

OSCAR. Lo supongo. (Pausa.)

ANGEL. (¡No me dice que me siente!)

OSCAR. Si usted quiere tomar asiento... Aunque tendré que dejarle muy pronto, porque me espera el chocolate.

ANGEL. (Esto es decirme que me vaya.) No, señora; tome usted su chocolate con todo descanso, que yo volveré.

OSCAR. Sentiría haberle ofendido...

ANGEL. No es fácil.
OSCAR. Usted sabe que esta casa es suya...
ANGEL. ¡Ojalá! Vería usted qué pronto la vendía con todos los trastos que tiene dentro.
OSCAR. (Entiendo.) ¿Oiga usted? eso de *trastos*, lo ha dicho usted aludiendo...
ANGEL. No, señora.
OSCAR. Habré yo interpretado mal.
ANGEL. Eso será. Conque el chocolate espera, y con permiso...
OSCAR. Usted lo tiene.
ANGEL. Estoy á los piés de usted.
OSCAR. (Ahora tendremos media hora de cumplimientos.) Adios.
ANGEL. Adios, hermosísima Oscarina.
OSCAR. (No, y amable es amable, y no es feo.) Adios.
ANGEL. Adios. (Medio mutis.) Nada le digo de aquello que usted sabe.
OSCAR. No, no me diga usted nada.
ANGEL. Pues por eso. Vaya, adios.
OSCAR. Adios. (Váse Ángel y vuelve á salir.)
ANGEL. ¡Ah! Se me había olvidado darle la mano. (Oscarina le da la mano.) Ahora sí que me voy satisfecho. Estoy á los piés de usted.
OSCAR. Abur.
ANGEL. Fué un olvido...
OSCAR. ¡Como es usted tan vivo!...
ANGEL. Eso será. (Váse Ángel.)

ESCENA III.

OSCARINA.

Pues señor, está visto que no hay un hombre como una mujer lo necesita. Éste con su calma insoportable, y el otro con su viveza extremada. Todos exagerados, todos extremosos; y una mujer lo que necesita es un buen término medio.

ESCENA IV.

OSCARINA y LEON.

LEON. ¡Malhaya sea hasta la hora en que pensé casarme! ¿Quién le manda á usted ser tan bonita? ¿Quién le mandó á usted ponérseme delante?

OSCAR. ¡Bonito saludo!

LEON. Dispense usted, señora. Buenos dias. Pero si le parece á usted que no tengo motivos para estar hecho una fiera...

OSCAR. ¿Qué ocurre?

LEON. ¿Quién me ha visto á mí á las diez de la mañana por las calles de Madrid, cuando yo acostumbro á retirarme cuando salen las burras de leche?

OSCAR. ¿Es decir, que la noche la pasa usted fuera de su casa?

LEON. Pues está claro, señora. No, que seré un cartujo.

OSCAR. ¿Y no piensa usted dejar nunca esa costumbre?

LEON. Nunca.

OSCAR. ¡Pues sabe usted que su esposa va á estar divertida! ¿Y si á media noche se ocurriera alguna cosa urgente?

LEON. Para eso están los serenos.

OSCAR. ¡Los serenos!

LEON. Ó los criados.

OSCAR. (Vamos, este hombre no sabe lo que se dice.)

ESCENA V.

LOS MISMOS y ÁNGEL.

ANGEL. Á los piés de usted, señora. Caballero... (Á Oscarina.) ¿Qué le pasa?

OSCAR. Que no le ha oido.

ANGEL. Eso será. Como dijo usted que iba á tomar el chocolate, se me ha ocurrido traerla unos bollos de casa de doña Mariquita.

OSCAR. Gracias. Diga usted, ¿usted duerme siempre en su casa?

ANGEL. Siempre.

OSCAR. Es claro.

ANGEL. Servidor de usted. (Nada, no oye.)

LEON. Buenos dias, caballero. Bien podía usted saludar á las gentes!

ANGEL. ¡Pues me gusta! Yo soy el que... Buenos dias, señor mio. Y van tres.

LEON. ¿Cómo que van tres? ¿Qué es lo que quiere usted decir?

ANGEL. Que van tres veces que le he saludado.

LEON. ¿Á mí?

ANGEL. Á usted.

LEON. Usted no sabe lo que se dice. Usted está beodo.

ANGEL. Eso será. ¿Supongo que no habrá usted tomado aún el chocolate?

OSCAR. No, señor.

ANGEL. Pues celebro mi oportunidad.

LEON. Usted está muy siempre oportuno.

ANGEL. Estoy en todo.

LEON. Sí, como las moscas.

ANGEL. Eso es. Gracias por la lisonja. Pues nada, vaya usted á despachar su desayuno, que yo mientras tanto haré los honores de la visita á este caballero, y así le evito el disgusto de quedarse solo.

LEON. Le doy á usted mil gracias, pero...

ANGEL. ¿No acepta usted mi oferta? Pues lo siento.

OSCAR. (¡Qué caractéres tan opuestos!)

LEON. ¿Usted sabe quién soy yo?

ANGEL. Sí, señor; sé que se llama usted don Leon. Tambien tengo yo un Leon por ahí... que anda suelto, y no quisiera encontrarme con él. Diga usted, en España hay muchos leones, ¿no es verdad?

LEON. Sí, señor; incluso los del Congreso.

ANGEL. Los he visto; por señas, que uno no tiene rabo. Se lo habrá comido él mismo de rabia.

LEON. Pues yo soy el próximo esposo de esta señora.

ANGEL. Lo siento por mí y por ella.

LEON. ¡Cómo!

OSCAR. ¡Qué dice!

ANGEL. Es muy sencillo; porque si no se casára ella con usted, me casaría yo con ella.

LEON. ¡Señor mio!

OSCAR. ¡Leon!

ANGEL. No, no se asuste usted, señora; ya habrá usted oido decir, que para que dos riñan, es preciso que los dos quieran. Yo, como no comprendo el que los hombres riñan nunca, porque eso es cosa de fieras...

LEON. ¡Qué!

ANGEL. No lo digo por usted. En fin, yo no estoy dispuesto á reñir.

LEON. Cómo es usted tan...

OSCAR. Mosca.

ANGEL. Eso será.

LEON. Lo mejor que puede usted hacer es retirarse.

ANGEL. Si usted me dijera... Caballero, usted me estorba; yo lo comprendería en seguida, y me marcharía.

LEON. Pues bien, señor mio: usted me estorba.

ANGEL. Ahora sí que lo comprendo y ahora me retiro. Que usted lo pase bien, señora. Nada le digo á usted de aquello, porque supongo que será inútil.

OSCAR. Ya ve usted...

LEON. Oiga usted; ¿y qué es aquello?

ANGEL. Que yo me quería casar con la señora, pero puesto que se casa con usted, no digo nada. Buscaré otra. ¡Oh! no me faltará. Rico, aún jóven, no mal parecido...

OSCAR. ¡Já, já!

ANGEL. No se ria usted. Si yo sé que no soy feo. Si lo fuera, lo confesaría lo mismo que confieso que soy...

LEON. ¡Moscon!

ANGEL. Eso es. ¿Conque le parece á usted que encontraré novia en Madrid?

LEON. ¿Y á mí qué me cuenta usted?

ANGEL. Diga usted, señora, ¿cree usted que encontraré novia?

OSCAR. Es probable.

ANGEL. ¡Mire usted qué demonio! Si yo la hubiera á usted conocido ántes que el señor....

LEON. ¿Usted se ha propuesto desesperarme, señor Avejorro?

OSCAR. Vamos, hombre...

ANGEL. No señor. Digo que si la *hubiese* conocido ántes. Hablo hipotéticamente.

LEON. ¿Quiere usted hacerme el favor...

ANGEL. ¿De marcharme? Con mucho gusto. Adios, amigo. Oscarina...

OSCAR. Adios. (Váse Ángel.)

ESCENA VI.

LOS MISMOS ménos ÁNGEL.

OSCAR. ¿Ha visto usted qué hombre?

LEON. Lo que veo es que usted no parece oirle con desagrado: y como vuelva á poner los piés en esta casa, juro á Dios que...

ESCENA VII.

LOS MISMOS y ANGEL.

ANGEL. Con la precipitacion me había olvidado de darle á usted la mano.

OSCAR. Tome usted.

ANGEL. Señora...

LEON. ¡Hum!...

OSCAR. Paciencia.

LEON. ¡Es que ya me falta!

ANGEL. ¿Qué dice el señor, que le falta la paciencia?

LEON. Sí señor; me falta la paciencia para sufrirle á usted.

ANGEL. ¿Y por qué?

LEON. ¡Porque es usted un posma!

ANGEL. Eso será. ¡Pero qué egoismo, señor, qué egoismo! ¡Así está el mundo! ¿No le sufro yo á usted? ¿Qué sería de los hombres y de las mujeres si no se sufrieran los unos á los otros? ¿Usted cree que no tiene defectos? Pues los tiene usted, y la señora tambien los tiene, y el

vecino de enfrente y todos. ¿Qué sería de usted si los demas no le sufrieran?

LEON. Me voy.

OSCAR. ¿Adónde?

LEON. Por un coche. Nos metemos en él, nos casamos y cuando yo sea el amo de mi casa prohibiré al señor *absolutamente* que ponga los piés en ella.

OSCAR. Es lo mejor.

ANGEL. ¡Prohibir! ¡Absolutamente! ¡Qué es eso de prohibiciones y de absolutismo? ¿Pues para qué estamos sosteniendo la guerra actual? ¿Por qué pago yo cuatro cuartos por una caja de cerillas? ¿Por qué... Pero callo, que acaso me tendrá mejor cuenta. ¡Absolutismo! Ese tiempo ya pasó: y lo mejor es que pasó para no volver jamás. ¡El amo de esta casa! ¡Qué es estó de amo! ¿Adónde están hoy los esclavos? Señora, ¿y usted oye eso con sangre fria? Será usted el esposo de ésta señora, y esta señora tendrá todos los derechos que la ley le concede. ¡Pues no faltaba más! Tenga usted esto muy presente, amiga mia. No se deje usted dominar despóticamente, sino con la fuerza de la razon, del deber y del derecho.

OSCAR. ¡Bravo! Muy bien.

LEON. Usted se subleva.

ANGEL. Está claro, señor; si hay cosas que harían sublevar á las moscas...

LEON. Como usted.

ANGEL. Eso es. Como yo.

OSCAR. ¡Pero qué bien habla!

ANGEL. Pues mire usted, nunca he querido ser diputado.

LEON. ¡Es lástima!

ANGEL. Puede ser.

LEON. Le habrán conocido á fondo.

ANGEL. Eso será.

LEON. Pues bien, señor don Ángel... ó don diablo, ¿quiere usted hacerme el favor de marcharse?

ANGEL. Comprendo la indirecta. Sí señor. Abur. Y tenga usted

presente, que cuando esté usted casado le he de visitar á menudo y hemos de ser muy amigos.

LEON. (Lo dudo.)

ANGEL. Y usted, amiga mia, no olvide mis consejos.... Bien, que yo estaré siempre encima por si acaso.

LEON. ¿Qué?

ANGEL. Nada; que tome usted el coche y á casarse. ¡Qué lástima que no me haya usted conocido ántes!...

LEON. ¡Hum!...

ANGEL. No brame usted, hombre. No brame usted, que tiempo le queda. Abur.

OSCAR. Vaya usted con Dios.

LEON. Este hombre es tonto ó loco.

ANGEL. Eso será. (Váse Ángel.)

ESCENA VIII.

OSCARINA y LEON.

OSCAR. (No es mal mozo.)

LEON. Con mucho agrado parece que oye usted á ese hombre: y si es que está usted arrepentida, yo le devuelvo su palabra, y en paz.

OSCAR. No era usted digno de otra cosa. Tiene usted un carácter insufrible.

LEON. Carácter insufrible porpue no soy como ese papamoscas que acaba de salir. Yo no soy así ni quiero serlo.

OSCAR. Sí; usted querrá ser un tirano: esto es lo que más halaga el orgullo de los hombres en general. Poder decir: *Yo soy el amo, el rey en mi casa; desgraciada de usted si me levanta el gallo*... Pues le advierto á usted que levantaré el gallo y la gallina, y muy alto, siempre que tenga razon y esté apoyada por las leyes del deber y del derecho. Ya no estamos en el tiempo del despotismo.

LEON. ¡Qué bien ha tomado usted el consejo! ¡Qué pronto se ha aprendido usted la leccion!

OSCAR. Sí señor, la he aprendido; y es más, que no la olvidaré nunca.

LEON. Eso lo veremos.
OSCAR. Lo veremos.
LEON. ¿Es decir que se subleva usted?
OSCAR. Sí señor; me sublevo contra la tiranía; ya no hay amos, porque ya no hay esclavos.
LEON. Ese maldito hombre ha venido á trastornarle á usted la cabeza.
OSCAR. ¡Que desgraciada soy!
LEON. ¿Va usted á llorar?
OSCAR. No señor, yo no lloro nunca.
LEON. Pues yo quiero una mujer que llore.
OSCAR. Y yo un hombre más amable.
LEON. Pues desistamos.
OSCAR. Desistamos.

ESCENA IX.

LOS MISMOS y ÁNGEL.

ANGEL. El coche está á la puerta.
LEON. ¡Vaya usted al demonio! (Coge una silla y se la tira. Ángel se oculta y vuelve á salir; toma la silla y la coloca en su sitio.)
OSCAR. ¡Jesús!
ANGEL. ¡Zape! (Se oculta.) ¿Sabe usted, señor mio, que es usted muy vivo de genio, y que ese es un defecto muy grande? Ahora yo debiera incomodarme, faltar al respeto á esta señora... Pero no me incomodaré, porque conozco que ha sido un arrebato involuntario. Para otra vez procure usted ser más precavido. Si usted me hubiese hecho daño con la silla... entónces no respondo de lo que hubiera pasado. Porque yo... mosca y todo, cuando me hacen daño... ¡qué caramba! me gusta hacer daño tambien.
LEON. ¿Qué quiere usted decir?
OSCAR. Señores, por Dios.
LEON. ¿Qué quiere usted decir?
ANGEL. Digo que si usted me hubiese dado con la silla...
LEON. ¿Qué?

ANGEL. Que hubiéramos visto.

LEON. Eso es un desafío.

OSCAR. Don Ángel, usted que es tan pacífico...

ANGEL. Pues por eso.

LEON. Sitio y hora.

OSCAR. Leon...

ANGEL. Pero hombre, ¿en qué quedamos? ¿Se va usted á batir conmigo ó se va usted á casar con la señora?

LEON. Me es igual.

OSCAR. Á mí no.

ANGEL. Me gusta usted por lo franca. Conque despues que le hago á usted el favor de traerle el coche, me lo paga usted así! Cómo ha de ser. Cosas del mundo. Pues nada; yo no me doy por ofendido. Puesto que la señora prefiere que usted se case con ella, mejor que batirse conmigo, cásese usted, amigo mio; cásese usted y en paz.

LEON. ¡Vive Cristo, que va usted agotando mi paciencia!... y...

OSCAR. Leon, por Dios, señores que están ustedes en mi casa.

ANGEL. Pues por eso. Tiene muchísima razon esta señora; estamos en su casa...

OSCAR. ¡Yo me ahogo!

ANGEL. ¿Quiere usted un abanico?

OSCAR. No, gracias.

ANGEL. Pues nada; nada de disgustarse, y ya que mi presencia le es al señor tan molesta, me retiro. Adios.

OSCAR. Vaya usted con Dios.

ANGEL. Abur, caballero. No me contesta. Eso lo hace para que yo me incomode. Pues no, no me incomodo.

OSCAR. Es tan...

ANGEL. Tan?... Eso será. (*Váse.*)

ESCENA X.

OSCARINA y LEON.

LEON. ¡Ay! más me valía haberme casado con Matilde: aquella y yo, como teníamos un mismo genio, ya nos entendíamos.

OSCAR. ¿Qué Matilde; la que le dejó á usted por el americano?

LEON. Sí señora.

OSCAR. Pero si le dejó á usted...

LEON. No fué ella; fué su familia.

OSCAR. Dejemos cosas pasadas, y sepa usted, señor mio, que su conducta ha sido muy reprensible. Faltando al decoro de mi casa; á las consideraciones debidas á una señora; tiene usted la imprudencia de arrojar una silla á ese hombre, que áun cuando otra cosa no sea, es un amigo, una visita de mi casa, y semejante conducta...

LEON. Basta, yo no sufro reconvenciones, y si bien he faltado por efecto de mi carácter, reconozco mi falta, y me retiro. Suplico á usted que perdone mi torpeza. En cuanto á ese señor, *mosquito*... mosca y moscon, yo le buscaré, y le daré una satisfaccion cumplida.

OSCAR. No lo hará usted; se lo prohibo.

LEON. ¡Qué es eso de prohibir! Malo es el despotismo en un hombre, pero peor aún en una mujer. ¿Todavía no es usted mi esposa, y ya trata de dominarme? ¡Me quiere usted imponer su voluntad! ¡Prohibirme á mí! ¿Sabe usted, señora, lo que ha dicho? Pues por lo mismo que usted me lo prohibe, voy á buscarle. Yo le diré á ese hombre *mosca*, que venga á panal ajeno á chuparse la miel de otro.

OSCAR. Deténgase usted!

LEON. No me da la gana. (Váse.)

ESCENA XI.

OSCARINA.

¡Qué tosco es! ¡Pobre de mí! ¡Cómo me caso yo con semejante hiena? El dia ménos pensado me devora... ¿Y cómo renuncio yo á su mano? Voy á ser la mofa de cuantos me conocen. ¡Qué desgraciada nací! Pide mi mano desde América un tal don Serafin Delmas, y cuando se embarca para España en la fragata Consuelo,

tiene la desdicha de naufragar y yo la de quedarme aderezada y sin novio. Me caso á poco de esto con un bendito de Dios, y al mes me quedo viuda. Tengo ahora dada palabra de casamiento á Leon, y ya ven ustedes lo que es: un Leon en toda la estension de la palabra. Don Ángel, de puro empalagoso, se hace insufrible, y aquí me tienen ustedes sin saber qué partido tomar. ¡Ay! yo me sofoco; me ahogo! ¡Qué calor tengo, Dios mio!

ESCENA XII.

OSCARINA, ANGEL.

ANGEL. El abanico, señora.

OSCAR. ¡Ay!

ANGEL. ¿Qué es eso?

OSCAR. Que me ha asustado usted.

ANGEL. Lo siento mucho; no me gusta asustar á nadie, y á las señoras ménos. Como ántes dijo usted que tenía calor y no sabía dónde estaba el perico, me ocurrió subirle éste, si es que usted no me lo desprecia.

OSCAR. Yo agradezco...

ANGEL. No dejará de hacerle á usted avío, si es que se casa con don Leon.

OSCAR. ¿Diga usted, y con este abanico, se podrán espantar las moscas?

ANGEL. Segun sean ellas.

OSCAR. Hay algunas tan pesadas...

ANGEL. Eso será.

OSCAR. ¿Ha visto usted á don Leon?

ANGEL. Sí, señora.

OSCAR. ¿Y qué?

ANGEL. ¿Cómo *y qué*?

OSCAR. ¿Le ha dicho á usted algo?

ANGEL. No; si él no me ha visto á mí. Iba tan ciego, que ni siquiera reparó en que yo pasaba.

OSCAR. Ha salido de aquí furioso.

ANGEL. Ya se le pasará; y si no, peor para él.

OSCAR. No, peor para usted; porque le mata, de fijo.

ANGEL. ¿No ha oido usted decir que no es tan fiero el leon como la gente lo pinta?

OSCAR. Si llega á suceder una desgracia por mí...

ANGEL. Señora, en todo caso la culpa será mia, y yo sufriré tranquilo las consecuencias. Es una fatalidad el tropezar en el mundo con caractéres así.

OSCAR. Es verdad.

ANGEL. Yo es cosa que no puedo sufrirlos. Ya usted ve; hace dos meses que debí casarme con una señorita bastante guapa... Á ver: no, no era tan guapa como usted, pero...

OSCAR. Muchas gracias por el favor.

ANGEL. Es justicia. Pues bien, la dejé por su genio. Aquello no era mujer, era una víbora. En fin, un dia porque la dije: ¡*Qué mona es usted!* Me contestó: ¡*Y usted qué esperpento*! Y me tiró la almohadilla á la cabeza.

OSCAR. ¿Siendo novia?

ANGEL. Sí señora, siendo novia. Conque calcule usted lo que hubiera hecho conmigo si llega á ser mi mujer. Verdad es que ella estaba contrariada, porque le habían obligado á dejar un novio por mí. Un novio á quien ella quería mucho, porque simpatizaban mucho. La familia me creyó mejor partido: como venía de América.

OSCAR. ¿Conque le tiró á la cabeza?...

ANGEL. Sí señora; mi cabeza es lo más desgraciada; la pobre siempre paga todas las faltas que yo cometo. Una vez reñía un matrimonio; me meto por medio... y zás. Pues y cuándo unos chicos apedreaban al padrino de un bautizo.

OSCAR. ¿Tambien le tocó á usted la china?

ANGEL. ¡Y qué china! Mi cabeza sonó lo mismo que una calabaza.

OSCAR. Ese afan de meterse en todo...

ANGEL. Esa es mi fatalidad. Cada uno tiene la suya. Por eso han dado en llamarme el hombre mosca; porque como aquellas, en todo me meto. Por lo demas, soy muy despre-

ocupado, y nunca tomo nada á pecho. Yo vine á España, porque tenía concertada mi boda con una chica. Llego á Europa despues de mil apuros, ¿y qué creerá usted? pues se había casado con otro.

OSCAR. ¡Es original!

ANGEL. Pues yo, en venganza, ni siquiera pregunté por ella.

OSCAR. ¡Qué indiferencia!

ANGEL. Yo soy así. Tambien tengo un sobrino, que debe andar por ahí; pero me han dicho que es muy calavera y muy arisco, y no me he ocupado en indagar su paradero.

OSCAR. ¿Y él, no le conoce á usted?

ANGEL. Ni me conoce, ni sabe que estoy en España. He sabido tomar mil precauciones para que lo ignore. (Campanilla dentro.)

OSCAR. ¡Leon es! Conozco su modo de llamar: ¡Ay! caballero, por favor, ocúltese usted.

ANGEL. ¡Señora! ¿qué está usted diciendo? ¡Ocultarme! Eso es dar que sospechar...

OSCAR. Y si le ve á usted aquí, lo mata.

ANGEL. Pierda usted cuidado, que eso es cuenta mia.

OSCAR. ¡Evite usted por Dios un escándalo en mi casa!

ANGEL. (Puede que así...)

OSCAR. Vamos.

ANGEL. Pero señora...

OSCAR. Entre usted ahí.

ANGEL. Obedezco. (Esto me favorece.)

OSCAR. (Cayó en la trampa.)

ESCENA XIII.

OSCARINA, LEON y ANGEL, al paño.

LEON. ¡Dónde está!

OSCAR. ¿Quién?

LEON. Ese hombre. Ese moscardon que se me ha puesto encima de las narices? ¡Oh! pero yo me lo sacudiré. ¿Dónde está?

OSCAR. Qué sé yo.

LEON. Señora, usted lo sabe. Usted va á ser mi esposa, y tengo el derecho de que sea usted franca conmigo. Me han dicho que ha entrado aquí.

OSCAR. ¿Quién le ha dicho á usted eso?

LEON. La portera.

OSCAR. La portera no sabe lo que se dice.

ANGEL. (Qué bueno es ver los toros desde la barrera.)

LEON. Usted me engaña.

OSCAR. ¡Es decir, que da usted más crédito á la portera que á mí!

LEON. No, pero... yo lo sabré. (Váse.)

ESCENA XIV.

OSCARINA y ÁNGEL.

OSCAR. Salga usted, caballero, y váyase en seguida. Le parece á usted á lo que me ha expuesto.

ANGEL. ¡Yo!

OSCAR. ¡Un hombre oculto en mi cuarto!

ANGEL. Pero señora...

OSCAR. ¡Así respeta usted mi fama!

ANGEL. Señora, si yo hice por complacerla.

OSCAR. ¡Pobres mujeres!

ANGEL. No; pobres hombres digo yo.

OSCAR. Retírese inmediatamente.

ANGEL. Obedezco, señora; pero conste que lo hago sólo por complacerla. (Váse y vuelve á poco.)

OSCAR. ¡Y se fué! Si yo lo que quería, era que el otro le viera escondido para que desistiera. Porque éste es más humilde y me tiene más cuenta.

ANGEL. Señora, el Leon sube por las escaleras. Y yo, por no comprometer á usted...

OSCAR. (¡Ay! qué tontos son los hombres! Todo lo entienden al revés.) Ocúltese usted.

ANGEL. ¡Otra vez!

OSCAR. Sí.

ANGEL. ¿Pero, señora, por María Santísima! ¿Está usted jugando al escondite conmigo?

OSCAR. Se lo suplico á usted.

ANGEL. Bueno; pero no diga usted luégo... (Se oculta.)

ESCENA XV.

OSCARINA, LEON y ÁNGEL, oculto.

LEON. ¿Ve usted señora como yo tengo razon? ¿Ve usted cómo está oculto aquí? La portera me lo ha jurado por la salud de su pariente.

OSCAR. Querrá quedarse viuda, y basta de farsa; en mi casa yo hago y dispongo lo que mejor me parece, y no tengo por qué ocultar á usted mis hechos. Aún soy libre, y dueña de mis acciones.

LEON. Pero usted va á ser mi esposa.

OSCAR. Eso lo veremos.

ANGEL. (Bendita sea tu boca.)

OSCAR. Y no mire usted hácia la puerta de mi cuarto, porque le conozco á usted la intencion, y no entrará usted.

ANGEL. (Esta quiere que sepa que estoy yo aquí.)

OSCAR. ¿Qué, no hay más que atropellar mi casa? Que no entra usted repito.

LEON. ¡Señora, no me desafie usted, porque es peor!

ANGEL. (¡Ay qué bruto!)

OSCAR. ¿Qué quiere decir eso de que será peor? Me va usted á pegar. (¡Y el otro no sale!)

LEON. Qué sé yo.

OSCAR. ¡Qué osadía! (Y no entra. ¡¡Cobarde!!)

LEON. ¡Ay, si fuera usted un hombre!...

ANGEL. Pues supóngase usted que lo es.

LEON. ¿Ve usted como estaba aquí?

OSCAR. ¿Qué ha hecho usted?

ANGEL. Mi felicidad.

LEON. Si usted fuera capaz de batirse conmigo... Pero ¡cá!

ANGEL. ¿Qué es eso de cá?

LEON. Que usted no es hombre para...

ANGEL. ¿Que no soy hombre para... Señora, haga usted el favor de retirarse un momento, que el señor y yo tenemos que hablar reservadamente.

LEON. Lo repito: usted no es hombre, usted es un moscon.

ANGEL. Ah! vamos, explíquese usted, hombre.

OSCAR. Señores, yo les suplico á ustedes...

ANGEL. Sí, que dejemos para otro momento... Tiene usted razon. Tome usted, señor mio: ahí tiene usted mi tarjeta con mi verdadero nombre. Al saltar en tierra me mudé el mio para que no se supiese mi llegada y poder observar ciertas cosas... y porque tengo un sobrino á quien le temo.

LEON. Serafin Delmas. ¿Usted viene de América?

ANGEL Vine hace un año...

LEON. ¿De Tampico?

OSCAR. ¿Cómo?

ANGEL. (Ya te veo venir.) Sí, de Tampico.

LEON. Sí... É! es... No hay duda... Es la misma cara de mi padre...

OSCAR. ¡Qué!

LEON. ¡Tio!

ANGEL. (¿No lo dije?)

OSCAR. ¿Usted se llama don Serafin Delmas?

ANGEL. (¿Á que es tambien sobrina mia?) Sí señora, sí.

OSCAR. ¿Y viene usted directamente de Tampico?

ANGEL. Directamente no, porque naufragué.

OSCAR. ¿Naufragó usted?

ANGEL. Sí.

OSCAR. ¿Hace un año?

ANGEL. Un año.

OSCAR. ¿Y no se ahogó?

ANGEL. Yo creo que no.

OSCAR. No es posible.

ANGEL. (¡Á que me hace creer esta gente que estoy muerto!)

OSCAR. Luego usted es...

LEON. ¿Quién?

OSCAR. Mi esposo.

ANGEL. ¿Cómo su esposo? ¿El muerto?

OSCAR. El que no lo fué por haberse muerto.

LEON. ¿Cómo?

ANGEL. Señora, mire usted que yo no me he muerto nunca.

OSCAR. Ya lo sé; pero corrieron las noticias de su muerte. Usted venía en la fragata *Consuelo.*

ANGEL. Sí señora.

LEON. Donde naufragaron todos.

ANGEL. Todos naufragaron, pero yo me salvé, Oscarina. ¡Ya caigo: y usted es... ¡Qué torpe he sido!

OSCAR. Aquí corrieron las noticias de su muerte... y yo me casé.

ANGEL. Yo tuve que dar un gran rodeo, y al llegar supe que se había casado usted y me dije: no quiero verla.

OSCAR. Enviudé al mes.

ANGEL. ¿De modo que lleva usted un año de viuda?

OSCAR. Sí señor.

ANGEL. ¡Y no haber caido yo en que se llamaba Oscarina!.. Ya se ve, tantas Oscarinas habrá...

LEON. ¿Y qué hacemos?

OSCAR. Aquí... no cabe más que un buen arreglo.

LEON. La veo á usted muy inclinada á mi tio.

OSCAR. Yo... no...

ANGEL. Sea usted franca.

OSCAR. Yo... no puedo decir nada. Yo, con quien estoy formalmente comprometida, es con don Leon.

LEON. Conozco en sus palabras que está usted arrepentida de su compromiso, y por mi parte está usted libre de él.

ANGEL. Sobrino, esa accion me reconcilia contigo, pero modifica tu genio.

LEON. Lo haré. Si Matilde no se hubiese casado con el americano...

ANGEL. ¿Qué Matilde es esa?

LEON. Una que vive en la calle Mayor.

ANGEL. ¿La hija de doña Gregoria Ramirez?

LEON. La misma. ¿La conoce usted?

ANGEL. Como que yo soy el americano á quien querían pescar.

LEON. ¿Y usted no tragó el anzuelo?

ANGEL. Si me tiró la almohadilla á la cabeza.

OSCAR. ¿Sí?

LEON. La misma. La reconozco en ese rasgo. ¿Y usted era el mosca que la perseguía?

ANGEL. Eso de perseguir es discutible.

LEON. ¡Oh dicha! Entónces me puedo casar con ella.

OSCAR. Deliciosa pareja.

ANGEL. Cásate y buen provecho. (Así me veré pronto libre de él.)

OSCAR. ¡Qué casualidad!

ANGEL. Si este mundo está lleno de casualidades. Nosotros estamos en él por una casualidad.

OSCAR. ¡Si esto se viera en el teatro!...

ANGEL. Dirían: ¡qué inverosimilitudes! Y no les faltaría razon. Se ven tantas verdades que parecen mentira... ¿Conque himeneo?

OSCAR. Himeneo.

ANGEL.
Mosca, mosquito ó moscon,
dueño de su amor me veo...
y pues me caso, deseo,
público, tu aprobacion.

FIN DEL JUGUETE.

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE SETIEMBRE DE 1874.

TITULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

COMEDIAS Y DRAMAS.

Amor al arte	1	D. José Jackson Veyan.	Todo.
Cantar en la mano	1	A. Rodajo y A. del P.	»
Carambola por chiripa	1	José Estrañi	»
Don Camilo Ortiz	1	M. Genaro Rentero	»
El cornetin Piston	1	Miguel Pastorfido	»
El corresponsal del Diablo	1	E. Ceballos	»
Edgard Poe	1	M. Genaro Rentero	»
El hombre mosca	1	E. Jackson Cortés	»
El poder del oro	1	E. Ceballos Quintana.	»
El sexo débil	1	Miguel Echegaray	»
La calle de la Balconada	1	Daniel Balaciart	»
La cesta de la plaza	1	José Navarrete	»
La gloriosa Resurreccion de N. S. J	1	A. Campoamor	Libro.
Los niños de ayer	1	E. Ceballos Quintana.	Todo.
Por el señor de La Casa	1	Soravilla y Pascual	».
Un jóven aprovechado	1	J. Balader y J. Sales.	»
Un leon con calentura	1	Miguel Pastorfido	»
Una suegra en batería	1	E. Ceballos Quintana.	»
Demonio y Ángel	2	Miguel Pastorfido	»
La redencion del pasado	2	Granés y Pastorfido	»

ZARZUELAS.

El pan de la emigracion	1	D. N. N.	L. y M.
La familia Bachicha	1	Palomino y Vidal	L. y M.
El mundo va á arder	1	Granés y Pastorfido	L. y M.
Tormenta	1	M. Nieto	Música
El bufon de S. A	2	S. Bustillo	Libro.
Cuento de hadas	3	R. Puente y Brañas	Libro.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.